

EL CURRÍCULUM: ESA GRAN BARRERA A SUPERAR¹

Rodrigo Espinoza Vásquez

Correo electrónico: respinoza.psicopedagogia@gmail.com

Se ha planteado que una de las principales barreras para aprender es el currículum. En él están contenidas todas las intenciones explícitas que se pretenden lograr en un año escolar. El currículum, presentado mediante la planificación, organiza un programa de estudio con sus respectivos objetivos, estrategias metodológicas, recursos, procedimientos de evaluación, entre otros, para darle un sentido metódico a la enseñanza. Se proponen también indicadores para ir verificando el avance que el estudiante va alcanzando y se instrumentaliza a través de pruebas, informes, trabajos u otros. El currículum como tal ha sido diseñado para una media ideal, estandarizada y vista bajo un prisma homogéneo. Pero es una gran ficción. La homogeneidad como tal se diluye entre la diversidad que el estudiantado presenta. Dicha diversidad transcurre entre las intenciones de pretender que todos aprendan al mismo tiempo. Si esto no ocurre, se cuestiona a los adultos: profesores y familias, entrando en una dinámica de mutuas acusaciones y relevando el bajo compromiso que ambos pudiesen presentar. En el caso del niño es visto como defectuoso en su funcionamiento, asumiendo a priori que solo por ir a la escuela debe asumir ciertas actitudes y comportamientos. Es la asignación cultural del hacer escuela. El currículum por lo tanto, tiende sus redes por esos espacios claros y oscuros de la vivencia humana que convergen en el colegio. El currículum oculto y el nulo son cada vez más visibles. Paradójicamente han cobrado mayor protagonismo que el oficial en ciertas ocasiones. El niño por el solo hecho de ser niño, debe hacerse parte de la escolarización. El problema surge en el tipo de escolarización que va a vivenciar. Las cuotas de participación que pueda lograr, la calidad de los aprendizajes que pueda experimentar, asociado a todas

¹ Escrito el 13 de agosto de 2015

aquellas variables emocionales, arman la base de una escolarización que valga la pena. Cuántas veces nos hemos cuestionado la pertinencia de los programas de estudio. La desconexión evidente entre los temas y la realidad que se vive día a día es tal, que muchos niños no saben cómo aplicar todo aquello que aprenden. La educación debe ser para la vida, no porque el curriculum lo dice, sino que por la necesidad de aprender para ser mejor persona y convivir armónicamente con el otro.

Cuando un niño o niña no aprende –según las definiciones de profesores, padres y otros profesionales- se van mermando las expectativas que se disponen en ellos y ellas. Los niños no pueden evitar aprender, sí pueden minimizar y simular que aprenden aquellas temáticas, discursos y acciones que no les son cercanas ni significativas. Se ha tendido un manto de superhéroe sobre el uso de psicotrópicos para mantener la atención, con las consecuencias secundarias que biológicamente se expresan a través de la falta de apetito, cefaleas, vómitos, entre otros. También hay que mirar el ambiente –físico, simbólico, mítico y ritual- que se construye en el espacio escolar. De partida el diseño de la sala clases presenta escasos motivos de actividad, lo que lleva al estudiante a buscar en los más increíbles momentos y situaciones, aquella atención que parece perdida en algún punto de esa muralla color crema o blanco hueso. La organización y el mobiliario en sí mismo, predispone al estudiante a la quietud, olvidando la actividad corpórea, exigente y energética que todo niño y niña poseen, para centrarse en el “manejo de grupo”. La intención no es satanizar la escuela, sino que mirarla y repensarla desde todas sus dimensiones y es puntualmente en ese espacio pedagógico donde conviven profesores y estudiantes.

Por otra parte, muchas clases son de carácter expositivo. Ágrafa en algunos casos, simbólicas en muchos. Dejando de lado el conocimiento que se ha construido sobre el desarrollo humano a lo largo de la historia. Los niños funcionan en un pensamiento concreto, que evoluciona hacia uno más simbólico e hipotético-deductivo. Esto implica asumir un conocimiento desde la psicología del desarrollo, cosa que a veces es olvidada y todo funciona en un nivel simbólico, cuando hay ocasiones que el niño ni siquiera ha logrado decodificar algunos códigos.